

## XIV

### LA FUENTE DE JUVENTA

EXTRAÑO espectáculo! Debajo de ellos, en una profunda playa arenosa, de la cual se había retirado el agua y extendida a lo largo de la corona de rocas, veíanse las ruinas de monumentos y templos todavía en pie, pero con las columnas truncadas, los escalones descoyuntados, los peristilos esparcidos, sin techos, sin pontones, sin cornisas. Diríase un bosque decapitado por el rayo, pero en el que los árboles muertos conservaban aún toda la nobleza y toda la belleza de una vida ardiente. Desde la lejanía avanzaba la vía romana, la vía triunfal, orillada de estatuas rotas, limitada por templos simétricos, que pasaba entre pilastras de arcos demolidos y que llegaba hasta la gruta en que se verificaban los sacrificios.

Todo aquello estaba húmedo, brillante, vestido a veces de un manto de limo o cargado de petrificaciones y estalactitas, con fragmentos de mármol o de oro que resplan-

decían bajo el sol. Hacia la derecha y hacia la izquierda serpenteaban largas cintas de plata. Eran las cascadas, que habían vuelto a sus lechos de piedra y que partían en ellas sus aguas canalizadas.

—El foso—dijo Raúl, que estaba algo pálido y cuya voz denotaba la emoción—. El foso... Poco más o menos, las mismas dimensiones y la misma disposición. Los papeles del anciano marqués contienen un plano y explicaciones que esta noche he estudiado. La ciudad de Juventa estaba debajo del gran lago. Allí se encontraban las termas y los templos consagrados a los dioses de la Salud y de la Fuerza, distribuidos alrededor del templo de la Juventud, cuya columnata circular verá usted.

Cogió a Aurelia de la cintura. Bajaron por la vía sacra. Las grandes losas resbalaban bajo sus pies. El musgo y las plantas decorativas alternaban con espacios de guijarros finos, entre los cuales se veían a veces monedas. Raúl recogió dos que llevaban la efigie de Constantino.

Por fin llegaron ante el pequeño edificio dedicado a la Juventud. Lo que de él restaba era delicioso y bastaba para que la imaginación pudiera reconstruir una rotonda armoniosa elevada sobre varias gradas con una alberca de la que surgía una taza sostenida por cuatro niños regordetes y mofletudos y sobre la cual descansaría la estatua de la Juventud. Solamente quedaban dos niños, admirables por sus graciosas formas, que hundían sus pies en la alberca donde antaño los cuatro arrojaban chorros de agua.

De la alberca salían grandes tubos de plomo que antiguamente estarían, sin duda, disimulados y que parecían venir de un lugar de la montaña donde se ocultaría el manantial. Al extremo de uno de ellos había sido colocada recientemente una espita. Raúl le dió una vuelta. Y salió el agua tibia, con algo de fango.

—El agua de Juventa —dijo Raúl—. Esta agua era la contenida en la botella cogida de la cabecera de su abuelo y cuya fórmula estaba expresada en la etiqueta.

Durante dos horas pasearon por la fabulosa ciudad. Aurelia volvía a gustar las sensaciones de antaño, apagadas en el fondo de su ser y reanimadas de pronto. Había visto aquel grupo de urnas funerarias, aquella diosa mutilada, aquella vía de losas desiguales, aquel arco conmovido por hierbas que parecían cabelleras y tantas, tantísimas cosas que le hacían temblar con gozo melancólico...

—A usted, Raúl—decía—, le debo tanta felicidad. Sin usted no pasaría más que pesares. Pero junto a usted todo me parece bello y delicioso. Le quiero.

A las diez, las campanas de Clermont-Ferrand doblaron a misa mayor. La pareja había llegado a la entrada del desfiladero. Las dos cascadas penetraban allí, corrían a derecha e izquierda de la vía triunfal y se abismaban en las cuatro compuertas abiertas de par en par.

Terminaba ya la visita prodigiosa. Como repitió Raúl, lo que había estado oculto durante siglos enteros no debía aparecer toda-

vía a plena luz. Nadie había de contemplarlo antes de la hora en que la joven fuese reconocida como dueña.

Cerró, pues, las compuertas del desagüe y, lentamente, dió la vuelta a la manivela de la esclusa, para abrir las puertas poco a poco. A continuación, el agua se acumuló en el espacio restringido, el lago se revertió en una vasta extensión y las dos cascadas saltaron fuera de sus cauces de piedra. Entonces se dirigieron al sendero por el que Raúl había bajado la noche anterior con los dos bandidos. Y, deteniéndose a medio camino, vieron el alud de las aguas que hacía subir el nivel del líquido, cubría la base de los templos y corría hacia la fuente mágica.

—Sí, mágica: esa es la palabra empleada por el anciano marqués—dijo Raúl—. Aparte de los elementos de las aguas de Royat, contiene, según él los principios de energía y de poder que hacen de ella verdaderamente una fuente de Juventud. Y esos principios provienen de la radioactividad increíble que se exhala de ella y que es valorada en una enorme cantidad de *milicuries* (expresión técnica). Los romanos opulentos de los siglos tercero y cuarto venían a templarse en estas aguas. Y fué precisamente el último procónsul de la provincia gala, quien, después de morir Teodosio y caer el Imperio, quiso ocultar las maravillas de Juvains a los ojos de los invasores y protegerlas contra sus desmanes. Así lo atestigua, entre otras, una inscripción secreta que dice: «Por voluntad de Fabius Aralla, procónsul, y en previsión de los escitas y de los borusos, las aguas del lago

han cubierto a los dioses que yo amaba y los templos en donde yo los veneraba.»

Raúl comentó:

—¡Quince siglos han pasado desde entonces! ¡Quince siglos, durante los cuales las obras maestras del mármol y otras piedras se han desgastado! ¡Quince siglos que hubieran podido ser continuados por otros cien, en que se hubiera consumado la muerte de un glorioso pretérito, de no haber descubierto el abuelo de usted, casualmente, paseando por los dominios abandonados de su amigo Talençay, el mecanismo de la esclusa! Los dos amigos se dieron en seguida a rebuscar, a probar, a observar, a cavilar. Hicieron reparaciones. Y finalmente movieron las puertas de madera maciza que antaño mantenían el nivel del pequeño lago y sumergían las más altas construcciones.

Raúl terminó diciendo:

—Eso es lo que hay, Aurelia. Y esto es lo que usted visitó a la edad de seis años. Al morir el abuelo de usted, el marqués de Talençay ya no abandonó sus dominios de Juvains, sino que se consagró en cuerpo y alma a la resurrección de la ciudad invisible. Con la ayuda de sus dos pastores ha excavado, ha registrado, ha limpiado, ha consolidado la mejor obra de la antigüedad. Y ese es el regalo que le ofrece: regalo maravilloso, por cuanto no solamente representa la fortuna incalculable de una fuente a explotar, más valiosa que todas las de Royat y Vichy, sino porque contiene un conjunto de estatuas y monumentos como no los hay en ninguna parte.

Raúl se entusiasmaba. Aun empleó una hora más para expresar toda la exaltación que le causaba la bella aventura de la ciudad sumergida. Y la pareja, cogida por la mano, miraba el agua que subía y las columnas y estatuas que parecían hundirse poco a poco.

Aurelia, mientras tanto, guardaba silencio. Raúl, asombrado al notar que su acompañante no tenía pensamientos comunes con él, inquirió la causa. Ella no contestó al principio; pero luego murmuró:

—¿Todavía no sabe qué ha sido del marqués de Talençay?

—No—contestó Raúl, que no quería apesadumbrar a la joven—. Pero tengo la seguridad de que se ha quedado en el pueblo, en casa, quizá enfermo. También puede ser que haya olvidado la cita...

La excusa era mala y no parecía satisfacer a Aurelia. Raúl adivinó que ésta, luego de sufrir tantas emociones y tantas angustias, pensaba en lo que aún quedaba en la sombra y se inquietaba por no comprenderlo.

—Vámonos—dijo Aurelia.

Subieron hasta la cabaña derruida que indicaba el campamento nocturno de los bandidos. Raúl quería ir desde allí a la alta muralla y a la salida utilizada por los pastores para ponerse fuera de la hacienda.

Pero al rodear la roca cercana, Aurelia llamó la atención de Raúl sobre un bulto bastante voluminoso, sobre un saco de tela que había al borde de la montaña.

—Parece que se mueve—dijo la joven.

Raúl dirigió una mirada, rogó a Aurelia

que le esperase y corrió hacia el saco. Se le había ocurrido de pronto una idea.

Agarró el saco y metió la mano en él. Varios segundos después sacaba una cabeza de niño y después el correspondiente cuerpo. Al punto reconoció al pequeño cómplice de Jodot, aquel a quien el bandido llevaba consigo como un hurón y enviaba a la búsqueda por las bodegas y a través de barrotes y empalizadas.

El chico estaba medio dormido. Raúl, furioso, descifrando de pronto el enigma que tanto le había intrigado, le sacudió:

—¡Bribón! ¿Eres tú quien nos ha seguido desde la calle de Courcelles? ¿Verdad que sí? Seguramente Jodot consiguió introducirte en el cofre posterior de mi auto, donde viajaste hasta Clermont-Ferrand. Una vez allí, le mandaste una carta por correo, ¿no?.. ¡Confíesalo!... Si no te atizo un bofetón...

El muchacho no acababa de comprender lo que ocurría. Su pálido rostro de vicioso tomaba una expresión de susto. Y masculló:

—Sí. Ha sido cosa de Tonton...

—¿Tonton?

—Sí, mi tío Jodot.

—¿Dónde está ahora tu tío?

—Esta noche nos hemos ido los tres y luego hemos vuelto.

—¿Sí?

—Sí. Y esta mañana han bajado ahí cuando no había agua, han movido muchas cosas y han recogido no sé qué.

—¿Antes que yo?

—Sí; antes que usted y que la señorita. Cuando ustedes han salido de la gruta, ellos

se han escondido en un muro, allá lejos, en el fondo del agua que entonces se había retirado. Pero yo lo veía todo desde aquí, donde Tonton me había dicho que le esperase.

—Y ¿dónde están ahora?

—No lo sé. Hacía calor y me he dormido. Al despertarme un momento, se pegaban.

—¿Se pegaban?

—Sí; por una cosa que habían encontrado, por una cosa que brillaba como si fuera de oro. He visto que caían... Tonton ha dado al otro una puñalada... Luego... Luego no sé... Quizá me haya dormido... Y me he figurado ver que el muro caía y les aplastaba a los dos.

—¿Cómo? ¿Qué dices?—baluceó Raúl, espantado—. ¿Dónde pasaba eso?... ¿Cuándo?...

—Cuando sonaban las campanas... Allá al fin... Allá...

El chico se asomó al vacío y pareció estupefacto.

—¡Oh!—exclamó—. Ha vuelto el agua...

Reflexionó un momento y luego se puso a gemir, a llorar, a gritar.

—¡Ay! ¡Ay!... Al volver el agua no habrán podido salir y se habrán quedado en el fondo... Tonton...

Raúl le cerró la boca.

—Cállate...

Aurelia estaba ante ellos con la faz contraída. Lo había oído. Jodot y Guillermo, heridos, enterrados, incapaces de moverse ni de llamar, habían sido recubiertos por las aguas, ahogados, engullidos. Y las piedras de un muro desplomado sobre ellos sujetaban los cadáveres.

—¡Qué espanto!—musitó Aurelia—. ¡Qué suplicio el de esos hombres!

Los sollozos del chico redoblaron. Raúl le dió dinero y una tarjeta, diciéndole:

—Toma cien francos. Coge el tren de París y preséntate en ese domicilio, donde se encargarán de ti.

El retorno fué silencioso. Y en las cercanías de la casa de salud, adonde volvía la joven, se despidieron gravemente. El destino se ensañaba con los dos enamorados.

—Separémonos por algunos días—dijo Aurelia—. Ya le escribiré.

Raúl protestó.

—¿Separarnos? Los que se quieren no se separan.

—Pero de todos modos, los que se quieren no tienen que temer nada de la separación. La vida les reúne siempre.

Raúl cedió, no sin tristeza por dejarla sin amparo. Y una semana más tarde recibió esta breve carta:

«Querido amigo: No sé lo que me ocurre. Por casualidad me he enterado de la muerte de mi padrastro. Ha sido un suicidio, ¿verdad? También sé que el marqués de Talençay ha sido encontrado en el fondo de un barranco, donde, según dicen, cayó a causa de un accidente. ¿Verdad que se trata de un crimen, de un asesinato?... Además, la muerte horrible de Jodot y Guillermo... Y miss Bakefield... Y los dos hermanos... Y, hace más tiempo, mi abuelo D'Asteux... ¡Cuánta muerte!...

»Me voy, Raúl. No quiera saber hacia dónde me encamino. Yo misma no lo sé aún.

Necesito reflexionar, examinar mi vida y tomar decisiones.

»Le quiero. Espere y permíteme.»

Raúl no esperó. El desconcierto de la carta, las angustias y pesares que adivinaba en Aurelia, el propio sufrimiento y la propia inquietud, todo le inclinaba a la acción y le incitaba a buscar.

Fracasó, no obstante. Supuso que se habría refugiado en Santa María; pero no la encontró allí. Informóse en todas partes y movilizó a todos sus amigos; pero fueron inútiles los esfuerzos. Y pasó dos meses verdaderamente dolorido, desamparado, temiendo que algún nuevo enemigo atormentase a la joven. Luego, cierto día recibió un telegrama, en que Aurelia le rogaba que fuese a Bruselas al día siguiente y le citaba en el bosque de la Cambre.

La alegría de Raúl no tuvo límites cuando la vio llegar sonriente, decidida, con aire de infinita ternura y un rostro completamente libre de recuerdos desagradables.

Aurelia le tendió la mano, diciendo:

—¿Me perdona, Raúl?

Anduvieron un momento, tan juntos uno del otro como si no se hubieran separado. La joven explicó después:

—Me dijo usted que hay en mí dos destinos contrarios que chocan y me hacen daño. Uno de ellos es un destino de felicidad y alegría que corresponde a mi verdadera naturaleza. El otro es un destino de violencia, de muerte, de duelo y de catástrofes, un conjunto de fuerzas enemigas que me persiguen

desde mi infancia y que procuran arrastrarme a un abismo donde diez veces hubiera caído si no me hubiera salvado usted diez veces... Después de los dos días pasados en Juvains y a pesar de nuestro amor, me encontraba tan cansada que la vida me dió asco. Ese asunto que para usted es maravilloso y fantástico era para mí tenebroso e infernal. ¿No es natural, Raúl? ¡Piense en todo lo que he padecido y en todo lo que he visto! «He ahí su reino», me decía usted. Renunció a él. No quiero que entre el pasado y yo haya ninguna relación. Si he vivido varias semanas en el aislamiento, es porque comprendía confusamente que era necesario escapar a la opresión de una aventura de la que soy la única superviviente. Al cabo de los años, al cabo de los siglos se concentra en mí, que tengo la misión de sacar a la luz del día lo que yace en la sombra y de aprovechar tanta cosa magnífica y extraordinaria. Me niego a ello. Si soy heredera de riquezas y esplendores, soy también heredera de crímenes y miserias, cuyo peso no podría soportar.

Raúl, sacando del bolsillo un papel y entregándoselo, dijo:

—De manera que el testamento del marqués...

Aurelia cogió el papel y lo hizo pedacitos, que volaron al viento.

—Le repito, Raúl, que todo eso ha terminado. La aventura no se reanudará en lo que a mí atañe. Me da demasiado temor de que provoque nuevos crímenes y miserias. No me siento heroína.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Una mujer enamorada, Raúl. Una mujer enamorada que ha rehecho su vida por amor y nada más que por amor...

—¡Oh, señorita de los ojos verdes! Es muy grave tomar semejante determinación.

—Lo será para mí, pero no para usted. Tenga el convencimiento de que si bien le ofrezco mi vida, no quiero, sin embargo, de la suya más que lo que pueda darme. Guarde en torno suyo el misterio que tanto le place. No tendrá que resguardarlo de mí. Le acepto tal como es, porque tal como es he visto en usted lo más noble y seductor que he encontrado. Sólo le pido una cosa: que me quiera tanto tiempo como pueda.

—Siempre, Aurelia.

—No, Raúl. No es usted hombre para amarme siempre ni tan siquiera ¡ay! mucho tiempo. Pero aunque dure poco su amor, he conocido tanta felicidad que no tendré derecho a quejarme. Y no me quejaré. Hasta la noche. Venga al teatro Royal. Tendrá un palco platea.

Se despidieron.

Por la noche, Raúl fué al teatro Royal. Representaban *Vida gitana* con una nueva ti-  
ple recientemente contratada: Lucía Gautier.

Lucía Gautier era Aurelia.

Y Raúl comprendió que la vida independiente de una artista permite librarse de ciertos convencionalismos. Aurelia era libre.

Una vez terminada la representación—por cierto que entre grandes ovaciones—hizo que le guiaran al camerino de la triunfadora. La

linda cabecita rubia se inclinó hacia él. Y sus labios se unieron.

Así terminó la extraña y temerosa aventura de Juvains que, durante quince años, fué causa de tanto crimen y tanta desesperación.

Raúl intentó arrancar del mal al pequeño cómplice de Jodot, a quien colocó en casa de la madre de Guillermo Ancivel. Pero la viuda, a quien había revelado la muerte de su hijo, se entregó a la bebida. En cuanto al chico, precoz y excesivamente corrompido, no pudo dignificarse, por lo cual hubo que encerrarlo en una casa de salud, de la cual escapó para reunirse con la viuda, con la cual se marchó a América.

Marescal, más reposado, pero todavía con la obsesión de las conquistas femeninas, ha ascendido. Un día pidió audiencia a Lenormand, el famoso jefe de la Seguridad. Una vez terminada la conversación, Lenormand se acercó, con un cigarrillo en los labios, a su inferior, y le dijo: «¿Quiere hacer el favor de un poco de fuego?». El tono de aquellas palabras hizo estremecer a Marescal, que inmediatamente había reconocido a Lupin.

Aun volvió a reconocerlo a través de otros disfraces, pero siempre guasón y siempre guiñando el ojo. Y todas las veces oía la frasecita temible, áspera, cortante, inesperada y tan zumbona, a pesar del efecto que producía:

—¿Quiere hacer el favor de un poco de fuego?

Y Raúl compró la hacienda de Juvains. Sin embargo, por deferencia hacia la señorita de

los ojos verdes, no quiso divulgar el prodigioso secreto. El lago de Juvains y la fuente de Juvencio forman parte del cúmulo de maravillas y tesoros fabulosos que Francia heredará de Arsenio Lupin...

FIN

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I.—... Y la inglesa de los ojos azules . . . . .	5
— II.—Investigaciones . . . . .	27
— III.—Un beso en la sombra . . . . .	41
— IV.—Es robada la villa B... . . . .	65
— V.—El terranova . . . . .	83
— VI.—Entre la hojarasca . . . . .	99
— VII.—Una de las bocas del infierno . . . . .	123
— VIII.—Maniobras y disposiciones de batalla . . . . .	139
— IX.—Vente conmigo . . . . .	161
— X.—Hay palabras tan importantes como los hechos . . . . .	185
— XI.—Sangre... . . . .	205
— XII.—Agua que sube . . . . .	229
— XIII.—En las tinieblas . . . . .	251
— XIV.—La fuente de Juventa . . . . .	269



